Entre dos Dimensiones

El Laberinto de Zoe



Encarnación Villena

ENTRE DOS DIMENSIONES

ENTRE DOS DIMENSIONES

Encarnación Villena

Vision Libros

Entre Dos Dimensiones
El Laberinto de Zoe
© Encarnación Villena
© Editorial: Vision Libros
C/ San Ildefonso 17, Local. 28012 (Madrid) España.
Tel.: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Grupo Editor Vision Net S.L.

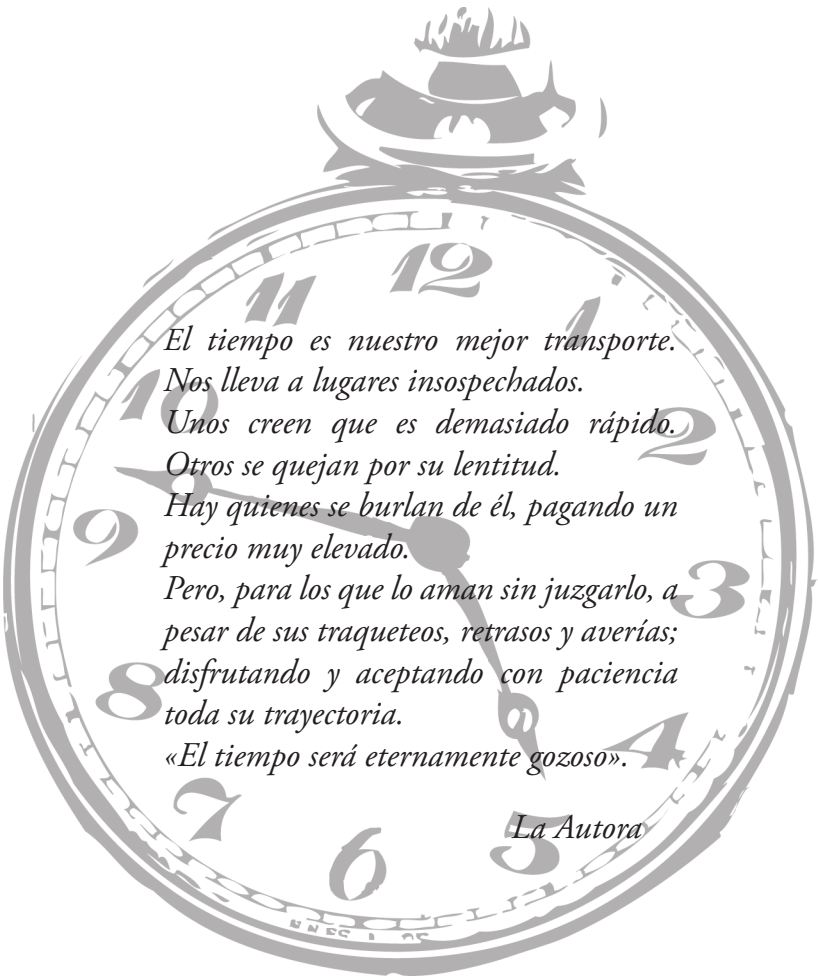
ISBN: 978-84-9011-972-3

Imagen cubierta: Rubén Arias Villena
Ilustraciones de cubierta: Encarnación Villena
Diseño cubierta: Encarnación Villena
Maquetación: Encarnación Villena
evillenadom@hotmail.com
www.encarnacionvillena.com

Disponible en librerías físicas y online
Pedidos a pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación, incluido el diseño y la imagen de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y siguientes del Código Penal).

A Domingo, Carlos y Rubén
«Mis más valiosos Tesoros»



El tiempo es nuestro mejor transporte.
Nos lleva a lugares insospechados.
Unos creen que es demasiado rápido.
Otros se quejan por su lentitud.
Hay quienes se burlan de él, pagando un precio muy elevado.
Pero, para los que lo aman sin juzgarlo, a pesar de sus traqueteos, retrasos y averías; disfrutando y aceptando con paciencia toda su trayectoria.
«El tiempo será eternamente gozoso».

La Autora

PRÓLOGO

Este libro trata principalmente de lo que se siente estando en coma. Según los profesionales, es un estado en el cual no sufres ni padeces. A mí siempre me quedó esa duda cuando, por desgracia, mi madre vivió ese proceso unos días antes de morir.

Fueron momentos llenos de incertidumbre e impotencia, sin saber realmente si sufría, si nos escuchaba, si era capaz de pensar o si tenía la necesidad de transmitirnos todo lo que le inquietaba en esas horas tan amargas.

Cuando los médicos decían que no nos preocupáramos, que no sentía ningún dolor, nos sentíamos aliviados. Sin embargo, al mirar su rostro y ver el leve movimiento de su respiración, tenía la sensación de que seguía con nosotros, con todos sus sentidos. Un par de veces, al quedarme a solas con ella —aunque era difícil, ya que ninguno de la familia nos queríamos alejar de su lado—, le dije que si sentía algo, cambiara el ritmo de su respiración; pero no lo hizo.

No obstante, entre todos decidimos que, por si acaso, le suministraran lo necesario para que no sintiese ningún dolor. El personal del hospital estaba seguro de que no era necesario; mas respetaron nuestra elección.

Muchas veces me he preguntado si, para saber qué se siente en ese estado, la medicina y la investigación son suficientes. Lamentablemente, tendríamos que pasar por ello. Los que han regresado cuentan distintas experiencias, y lo hacen

sonriendo con un extraño brillo en los ojos. Para unos ha sido algo extraordinario, en cambio, para otros hablar de ello les supone recordar algo negativo, que únicamente prefieren olvidar. Nos queda el grupo de los que no recuerdan absolutamente nada, tal como entraron salieron de él.

Esta narrativa está escrita con todo el sentimiento, ha ido fluyendo sin tener nada estructurado de antemano, mis sentidos le han hablado a mi corazón y éste, sin vacilar, se ha puesto en marcha.

Como en todos los personajes que creo, me meto en su piel para sentirlos; tener su edad, sus vivencias, su alegría y su tristeza. Es algo que nunca me ha costado un gran esfuerzo, tal vez, porque siempre he pensado que todos y cada uno de nosotros tenemos mucho que aportar a la vida. El haber vivido más años, no nos da el poder de la justa sabiduría; lo importante, es seguir aprendiendo de todos los que nos rodean. Sin lugar a dudas, es bueno envejecer, utilizando la experiencia de ese tesoro colmado de dulces y amargos recuerdos que llevamos en la mochila; pero sin subestimar a los niños y a los jóvenes que, con su inocencia e ilusión, nos recuerdan cada día los años más transparentes y honestos de nuestro recorrido.

Con esta intención me adentré en el personaje de Hugo, un hombre que, en lo mejor de su vida, a consecuencia de un accidente de tráfico, llegó a ese estado vegetativo. He puesto en él, mi razón, mi conciencia y, por supuesto, mi alma entera.

<<Entre Dos Dimensiones>>, no sólo muestra ese extraño y magnético lugar que existe entre la vida y la muerte, también manifiesta nuestros valores, miedos, inseguridades y errores; en definitiva, los sentimientos que envuelven al ser humano.

En primer lugar, para encontrar ese espacio sobrenatural, tendremos que escudriñar la vida, valorar lo más preciado de ella, conocernos mejor y ser más sinceros con nosotros mismos. Pero, sobre todas las cosas, tendremos que creer en lo imposible y ser infinitamente perseverantes con nuestras propias convicciones.

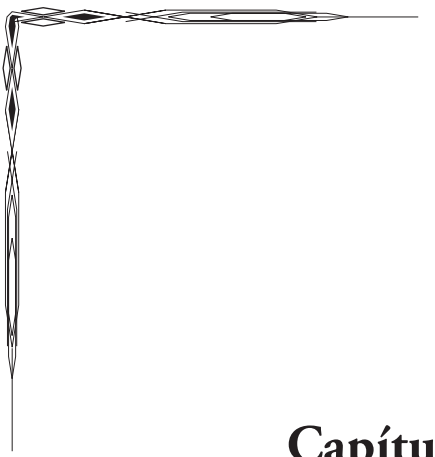
Y, por qué no, desear llenos de energía que en cualquier momento alguien despierte.

Como decía *Hermann Hesse:*

«*Para que pueda surgir lo posible es preciso intentar una y otra vez lo imposible.*
La fe no pasa por el intelecto, como tampoco el amor.
La fe es un confiar no un saber».

Libro I

El Laberinto De Zoe



Capítulo 1

Primavera 2001

¿Alguna vez habéis tenido la extraña sensación de que, al pasar el tiempo, vuestro interior sigue inmarcesible?, que las hojas de los árboles van cambiando de color hasta caer y, cuando las pisas, sientes que a tu alrededor, lentamente, el paisaje va permutando, sin embargo, dentro de ti todo se paraliza, las manillas de tu reloj se detienen sin más.

Eso fue lo que experimenté en una época indeleble para mí y, si me lo permitís, desearía compartirla con todos vosotros.

Mi nombre es Zoe, y esta parte de mi vida comienza así:

Como muchas otras personas, trabajo con mi ordenador desde casa haciendo diseño gráfico: páginas web, publicidad, maquetación, ilustración y todo aquello que me solicitan importantes empresas con las que colaboro.

Por aquellos días, una gran multinacional me ofreció un buen puesto en sus instalaciones, con una inmejorable remuneración…

Ubicada en un ultramoderno edificio, donde sus empleados visten a la última, moviéndose entre pasillos, salas y ascensores como autómatas sonrientes, trazados por un mismo patrón y conducidos mediante hilos de diferentes materiales. Números que cuelgan desde la corporativa hasta el sótano, fríos y calculadores como una computadora. Cuando finalizan su jornada laboral y, por segunda vez, pasan la tarjeta por la máquina de fichar, respiran profundamente e intentan reponerse de la tensión acumulada, intentando ser personas durante las pocas horas que quedan del día.

…Por un instante, me abordó la duda; pero cuando empecé a pensar en mi libertad, y en lo que más valoro, «el tiempo», mi vacilación desapareció.

En mi hogar podía organizarme mejor para cuidar y educar a mi hija Luna, de cinco años, y cubrir las necesidades que conllevan los quehaceres domésticos; ya que Álex, su padre, es piloto comercial de una pequeña compañía, y tiene que pasar muchas horas en su «Eagle»; así denomina al avión que, como responsable, le han asignado.

¡A pesar de que nos echa mucho de menos!, su tiempo vuela tan rápido como su aeronave. En cambio, nosotras estamos tan pendientes del calendario y del reloj, que su regreso se nos hace interminable.

En la soledad, yo había aprendido a superar las enfermedades típicas de los bebés, sentir la emoción de sus primeros pasos, sufrir con su primer diente, y caérseme la baba al escuchar su lengua de trapo. Mientras que Álex se tenía que conformar con oír, a través del hilo telefónico, todas esas maravillosas vivencias.

Raramente, presenciaba dichas escenas.

Aunque añoraba mucho sus caricias y sus besos, lo que más necesitaba era a mi fiel interlocutor. Él me había

enseñado miles de cosas, como escuchar y confiar más en la gente, sobre todo, consiguió que tuviera más seguridad en mí misma.

Cuando regresaba, que por lo general era para quedarse unos días, no nos separábamos ni un sólo instante. Mas esas extraordinarias horas cabalgaban tan veloces que acababan, lamentablemente, con su juego de maletas en el hall.

Mis ojos, más que con recelo, las miraban con aversión. En ocasiones me preguntaba: ¿Cómo podía aborrecer tanto esos objetos? A pesar de todo, era consciente de cuánto amaba su profesión, por eso, jamás le revelé ese reconcome de impotencia y de rabia que sentía. Por el contrario, siempre le despedía con un «te quiero», desde lo más profundo de mi corazón.

¤ ¤ ¤

La luz de un nuevo día se filtraba a través de los calados, entre las lamas de la persiana, dibujando manchas geométricas que iluminaban graciosamente las paredes de mi dormitorio.

Desganada, con los párpados entreabiertos, me fui incorporando hasta quedarme sentada en la cama. Mientras tanto, mi mente se apresuraba a enviar órdenes a mis sentidos, que mi cuerpo desobedecía:

> «¡Zoe levántate!, tienes trabajo atrasado. Ahora que te has quedado sola con tu hija, debes recuperar el tiempo perdido, por lo menos, hasta que Álex regrese de nuevo».

De pronto, no pude soportar la idea de estar durante quince días sin él y, enojada, me volví a tumbar. Por más que pasaran los años, nunca me acostumbraría a estar sola tanto

tiempo. Así como ver a Luna, sin poder disfrutar de su padre a diario, de la misma forma que sus amigos lo hacían.

Cogí aire y lo exhalé, lanzando fuera de mí aquel doloroso pensamiento. Después, me acurruqué placenteramente entre las sábanas, concediéndome quince minutos más de esa mañana de abril.

Transcurrido ese intervalo, abandoné la cama, despojándome de mi pijama. Descalza, caminé hasta el cuarto de baño, sintiendo la frialdad de la cerámica bajo mis pies, estimulando todo mi cuerpo. Una ducha de agua tibia reactivó mi organismo para comenzar un nuevo día.

Cuando estuve preparada, fui en busca de Luna.

—Despierta cielo, o llegarás tarde.

—Ya voy mami —dijo frotándose los ojos.

—¿Has dormido bien?

—Sí —afirmó, incorporándose en la cama—. Tengo que llevar al cole una bolsa de plástico, hoy nos dan las fichas acabadas.

—Ahora mismo te la preparo. ¿Sabes?, eres una niña muy obediente.

—La seño se enfada con los niños que no lo son —dijo, al tiempo que su pequeña boquita se dilataba con un enorme bostezo.

—Y tú lo eres, porque ya estás hecha una mujercita. El domingo cumplirás seis años.

Desde el cuarto de baño, preguntó:

—¿Crees que me merezco unos patines?

—No sé, ya veremos... —respondí, estirando el edredón.

—Porfi, porfi, he sido buena; ya verás qué dibujos más bonitos he hecho.

—Sólo tienes que esperar dos días más, luego podrás comprobarlo por ti misma. Date prisa en vestirte.

A continuación, peiné su pelo recogiéndolo con un coletero azul.

—¡Ay! —se quejó.

—¡Cómo sigas moviéndote, no terminaremos nunca! —aseguré.

—¡Vale! —dijo con resignación. Tras un breve silencio, me preguntó—. ¿Mami…?

—¿Qué?

—¿Crees que soy fea?

—Pues claro que no, ¿por qué me lo preguntas?

—Hay una niña que me llama pecosa, dice que tengo pecas en la nariz.

—¿Y qué?

—Ella se ríe cuando me mira.

—Y no será... que a ella también le gustaría tenerlas.

—¿Tú crees?

—¡Lo que yo daría por tener unas cuantas! —con mi mano hice como si se las quitara y las pusiera en mi cara.

—No seas tonta, sabes que son mías —dijo, esbozando una sonrisa.

—¡No, son mías! —exclamé, mientras ella no podía contener la risa.

—Entonces... ¿tú crees que soy guapa?

—Yo tampoco he dicho eso —Luna frunció el gesto—. Tú no eres simplemente guapa, para mí eres y serás la más bonita del mundo. ¿Está claro?

—Sí, mami —respondió complacida.

—Ahora no pierdas más tiempo, y tómate el desayuno.

—¿Cuándo vuelve papá?

—No te preocupes, anoche hablé con él y no se perderá tu cumpleaños.

—El padre de Erica está siempre en casa y el de Nico también.

—Luna, papá no tiene la culpa, su trabajo se lo impide. Creo que de esto ya hemos hablado otras veces.

—Ya lo sé, pero en vez de pilotar aviones, podría conducir taxis, al menos le vería un poquito cada día.

—Si no paras de hablar, llegarás tarde al colegio.

¤ ¤ ¤

Ese día, cuando abrí la puerta para salir al exterior, me fijé en lo que la primavera nos había obsequiado, una increíble gama de colores se encontraba a nuestra disposición, al alcance de todos nuestros sentidos. Inspiré, disfrutando con el aroma de las flores de mi pequeño jardín. El otoño y el invierno habían sido muy generosos y, con la nueva estación, brotaban abundantes flores multicolores.

Como cada mañana, nos encaminamos calle abajo para cruzar la arteria principal de la urbanización, parándonos en el semáforo, hasta que éste nos diera vía libre. Luna divisó a Erica, que ya había cruzado, y nos esperaba junto a su madre. Impulsivamente, bajó de la acera, soltándose de mi mano. Ella desconocía el gran riesgo que corría, tan sólo pensaba en llegar donde se encontraba su mejor amiga.

En ese amenazador segundo, grité el nombre de mi hija con todas mis fuerzas:

—¡LUNA…!

Un camión se dirigía hacia ella.

Sin pensar en las consecuencias, salté a la calzada para sacar de allí a mi niña. Inesperadamente, alguien me empujó, haciéndome retroceder. Aturdida, comprobé que un hombre se encontraba recogiendo a Luna entre sus brazos. Por un instante, sentí no estar viviendo lo que ocurría. Paralizada, como un mero espectador, enseguida intuí sus intenciones;

acto seguido, su mirada se cruzó con la mía y, por una décima de segundo, sus ojos me hablaron. A tan sólo dos metros de mí, aquel desconocido me lanzó a mi hija por los aires; aun sacando todas las fuerzas que pude, el impacto nos hizo caer a ambas. Tumbada en el asfalto, con mi hija sana y salva entre mis brazos, sentí que para nosotras el peligro al que habíamos estado expuestas había terminado, mientras escuchaba el chirriante frenazo de las ruedas y el sonido de un golpe seco, que me hizo cerrar los ojos con fuerza.

Algunos viandantes vinieron a socorrernos, ayudándonos a levantarnos. La multitud se agolpaba para ver lo que había ocurrido, mientras que yo no dejaba de abrazar y acariciar a mi tesoro.

Los alaridos del conductor del camión, hicieron que mis ojos dejaran de observar a Luna y se dirigiesen hacia donde él se encontraba. Un hombre de mediana edad, enloquecido, caminaba de un lado a otro con las manos oprimiéndose la nuca.

Mi mirada siguió su curso hasta encontrar a aquel superhombre que había surgido de la nada, al verle tirado en el suelo, con la cabeza cubierta de sangre, la adrenalina que había recorrido segundos antes todo mi cuerpo, volvió a hacerlo de nuevo; pero esta vez, dejándolo petrificado.

Tapé con las manos la cara de Luna, mientras mis ojos se anegaban de lágrimas. Conmocionada, no podía escuchar la voz que desde hacía rato me llamaba sin cesar.

—¡Zoe! ¡Zoe!, ¿os encontráis bien? —Marta, la madre de Erica, que temblaba aterrorizada, llegó hasta nosotras abrazando a su hija.

—Sí, estamos bien, gracias a él —balbuceé.

—¡Dios mío! —me retiró el pelo de la cara, y susurró—. Sí, lo sé, lo he visto todo.

Las niñas, enmudecidas, se miraban mutuamente aislándose de todo, tenían que salir de allí cuanto antes.

—Marta, por favor, llévatelas.

—Sí, será lo mejor. No te preocupes, las dejaré en el colegio —me miró con tristeza, al tiempo que decía—. Haz lo que tengas que hacer.

—Muchas gracias, Marta. Te llamaré.

Las vi desaparecer entre la multitud de personas curiosas, y conductores que se habían bajado de los coches para ofrecernos su solidaridad. Ahora, aquel lugar era un verdadero caos. Desorientada, distinguí al señor del camión, que seguía convulso, preguntándose:

—¿Por qué me ha tenido que pasar esto a mí? ¡Dios mío! —repetía desesperado una y otra vez.

Bajé la mirada, y allí seguía aquel cuerpo inerte.

—Por favor, ¿ha llamado alguien a una ambulancia? —pregunté.

—No se preocupe, ya está en camino —confirmó una mujer de unos cuarenta años, junto a su coche.

Los pocos minutos que tardó en llegar la unidad móvil, acompañada de un coche de policía, fueron interminables. A pesar del pánico que me daba mirar hacia aquella persona que había salvado nuestras vidas, mis ojos le buscaban en medio del horror.

Observé al personal de la ambulancia, mientras le proporcionaban los primeros auxilios. Siempre había admirado su trabajo y dedicación; pero, hasta aquel justo instante, no supe realmente apreciar lo importantes que eran para todos nosotros, el papel tan necesario y valioso que desempeñan en nuestra sociedad.

—¿Está bien? —una voz desconocida resurgió desde mi interior.

—¿Le conoce?

—No, pero yo...

—Entonces, apártese por favor.

Mis palabras empezaron a fluir aceleradas, explicándoles cómo había sucedido todo. Apenas a unos metros de nosotros, la policía interrogaba al conductor, y le hacía las pruebas de alcoholemia.

Cuando el equipo médico se disponía a abandonar el lugar, les pregunté si podía acompañarles; pero no me lo permitieron. Un enfermero me cogió del brazo y mientras me apartaba, susurró:

—Lo llevamos al Hospital Las Luces, por suerte llevaba el documento de identidad, se llama Hugo Joven Castellanos.

—Se lo agradezco, por favor cuiden de él.

Me giré hacia el señor del camión, seguía con el rostro desencajado, me acerqué para informar a los guardias de lo ocurrido, dejándoles claro que aquel pobre hombre no había tenido la culpa. Uno de ellos me pidió algunos datos personales por si necesitaba ponerse en contacto conmigo.

Me despedí, diciendo:

—Ya no sirve de nada, pero, ¡lo siento mucho!

—Muchas gracias, ha sido de gran ayuda.

Mientras abandonaba la avenida subiendo por mi calle, escuché la sirena de la ambulancia ponerse en marcha y, acto seguido, su estremecedor sonido perdiéndose según se alejaba.

¤ ¤ ¤

Poco después, me trasladé hacia el hospital. Al recordar lo sucedido, me llené de confusión:

> «¡Aún existían personas generosas hasta el punto de sacrificar su propia vida por los demás!».

Debía de ser alguien muy especial o tal vez un loco, por lo general, en este siglo, la gente camina pensando en sus cosas, no presta atención a los demás. Últimamente, oímos a unos y a otros que hay que vivir cada minuto por si mañana no estamos aquí, y lo hemos aprendido al instante, mas nos hemos olvidado de los demás, de compartir. Tan sólo la familia, o lo que queda de algunas, y los grandes amigos, si es que los tienes, te regalan parte de su tiempo para escucharte.

El caso es que, ese maravilloso ser, no sólo nos había obsequiado su tiempo, también su vida entera. Sinceramente, yo creo que jamás hubiese reaccionado así por un desconocido. Si salté a la carretera, fue producto del amor que, como madre, siento por mi hija.

¡Daría mi cuerpo y mi alma por ella!

Ser consciente de esas emociones, llegar a dicha conclusión, me hacía considerarme aún más culpable, mucho más irresponsable.

Estacioné cerca, entré por urgencias y, sin aliento, me dirigí hacia la señorita que se hallaba en recepción, preguntándole:

—Por favor, acaban de traer a un hombre que ha sufrido un atropello.

—¿Cómo se llama?

Durante unos segundos, dudé en contestar, hasta que por fin lo recordé.

—Hugo Joven Castellanos.

Tecleó el nombre y consultó el monitor.

—Un momento, por favor —se tomó su tiempo para localizarlo, y dijo—. Está recién registrado. Le han llevado urgentemente al quirófano, tendrá que esperar en esa sala.

Con un ademán, me indicó una habitación pequeña que se hallaba enfrente de donde nos encontrábamos.